

Estado de malestar (*Navarra Hoy*)

Una sociedad en la que veinte de cada cien asociados carece de trabajo es una sociedad muy enferma. Una sociedad en la que la mayor parte de sus nuevos trabajadores sólo cuentan con un trabajo temporal y precario condena a buena porción de sus jóvenes a una existencia también precaria. Ya le podemos echar todos los afeites de la "modernidad" que queramos, que las lacras y muñones del cuerpo social seguirán a la vista.

Se puede definir la *sociedad moderna* con los rasgos que diga el intelectual de moda; algunos incluso pretenderán que ya estamos en una sociedad posmoderna, si tal cosa dijera algo con sentido. Allá cada cual si quiere dejarse engañar. El carácter más básico de la modernidad no es otro que el del triunfo absoluto de la lógica del capital a escala nacional e internacional. A ver si se entiende: triunfo absoluto del capital quiere decir ni más ni menos que todo (personas, procesos y cosas) es socialmente capital, porque todo es de, hacia, para, bajo, con... el capital. O sea, que nada es ni llega a ser sino porque el capital así lo decide, cuando lo necesita, mientras lo requiere y en la medida en que lo requiere. Por referirnos a los seres humanos, sólo el capital (bajo la figura de su propietario y en forma de los medios de trabajo y de vida) consiente nuestra existencia. Desde que nacemos hasta que morimos, ya sea encarnado en potitos o nichos funerarios, para él somos tan sólo sus soportes humanos, productores y consumidores, instrumentos corporales para asegurar su vida eterna... y nada más. Únicamente al necio le sonará esto a exageración. Perdidos en las cifras macroeconómicas, en la jerga del especialista, en los dogmas de una ciencia cuyos presupuestos son de libre elección humana..., olvidamos lo más simple.

En el caso presente, el capital ha decidido que un 17% de españoles están de más, sencillamente porque no le hacen falta. Como sus vidas son inútiles para su movimiento de expansión, son también socialmente sobrantes. Huelgan como trabajadores y, puesto

que sólo pueden vivir si trabajan, huelgan también como simples individuos vivos. Pues la primera huelga es la huelga del capital en su actividad de dar ocupación. Hay paro sólo porque y cada vez que el capital está parado. Trabajo, como la actividad productiva en potencia, hay siempre; si no pasa de la potencia al acto, es porque no hay trabajo *productivo para el capital*, esa actividad que genere la cantidad de beneficios precisa en tal rama productiva o en tal momento determinado. Los desempleados son, pues, sólo *sus* desempleados.

Así que el derecho al trabajo, y por tanto el derecho a la vida, nos lo otorga en primer término el capital, no la Constitución del Estado. El Estado sólo entra en el juego para paliar los estragos de esta lógica maldita, no para terminar con ella. A partir de los años 50 el Estado liberal pasa a ser un Estado liberal-*social*, que no es sino un Estado capitalista que quiere refrenar un tanto el movimiento natural del capital. Así se llama Estado de bienestar a aquel que, por su creciente intervención en la economía, introduce ciertas medidas fiscales, redistributivas, asistenciales que dulcifiquen la lógica del capital. Por ejemplo, al Estado capitalista español de nuestros días le toca hacerse cargo de ese 17% de ciudadanos que, por no encontrar trabajo, no tienen tampoco medios de vida.

Bueno, pues ahora parece que eso cuesta mucho y que el capital quiere también para sí esa parte que el Estado destina a los expulsados del mercado de trabajo. El Gobierno, que no puede gobernar sobre el capital sino ser gobernado por él, ha cedido. El Estado de bienestar va dejando paso en los últimos años a un estado de malestar. Y así es como los representantes del trabajo, los sindicatos, han convocado una huelga general. Esta huelga general, que es réplica a la huelga particular del capital, parece fundamentalmente *justa*. Si no logra la suficiente participación, será un grave síntoma de que estamos en una sociedad domesticada. Si tiene éxito, pero -como se augura- es inútil para cambiar la política gubernamental, entonces no sólo revelará la prepotencia del gobierno, sino que arrojará una sombra de sospecha sobre la democracia que

vivimos. Sea como fuere, algo queda ya claro: el PSOE seguirá siendo un partido español, pero ha renunciado definitivamente a contar con los obreros y a ser socialista.

Esta huelga, naturalmente, sólo podía ser *política* ; y precisamente por serlo, merece todavía mayor respeto. Porque no se dirige frente a este o aquel empresario, tal o cual sector productivo, sino frente al Empresario de los empresarios y a la producción general. Un gobierno que asume el papel regulador de la economía de una nación no puede escandalizarse si los efectos de sus planes se vuelven luego contra él. Cuando lo político se socializa, lo social inevitablemente se politiza.

Esta huelga no va contra el derecho al trabajo, como se está pregonando. Reclama precisamente el ejercicio de ese primer derecho al trabajo que el Estado consagra, pero que luego -por dejar su organización en manos del capital- no acierta a cumplir. El derecho de huelga no se puede contraponer al derecho de los usuarios afectados, porque los usuarios son antes y también productores. El primer consumo de una sociedad es el consumo productivo, el consumo del trabajo, y lo que ahora se palpa es que unos u otros podemos vernos privados de él. Enfrentar el derecho a la huelga con la libertad de trabajo resulta, por de pronto, una falacia: no hay tal libertad de trabajo (a no ser la libertad del capital para emplear o no trabajar) cuando no hay trabajo. Pero es, sobre todo, una llamada a la insolidaridad en una sociedad ya suficientemente insolidaria, inorgánica, donde el grito de guerra más coreado es el "sálvese quien pueda".

Esta huelga, en fin, no vulnera las reglas de la democracia, sino que exige precisamente *más democracia* . No se salta los mecanismos de la representación, pero sí pone el dedo en la llaga de su insuficiencia. Al mostrar la presencia de una doble representación (política y social) que marchan separadas, y de un poder económico que sólo se representa a sí mismo, señala que la sociedad en conjunto no está reflejada en el Estado. Y así le va a nuestra sociedad.

Por todo ello, pare, hombre, pare.

